



Noche de S. Juan:

Algarabías de gentes, hogueras en las calles, cortinas de humo que deambulan caprichosas, alocadas, casi amenazantes. Sí, es la noche de S. Juan. El día ha sido de un calor sofocante pero el ocaso del sol ha querido que ahora todo se torne mágico, misterioso... Yo he recordado varias veces en los últimos días que tenía que sentarme un rato para escribir unas líneas. Algún hueco he tenido, eso es verdad, pero quería que estas líneas fueran especiales; no podía redactar cualquier cosa y cubrir así el expediente; no, ¡qué va! Como literato dejo mucho que desear, pero sí podía encontrar un momento de sosiego para al menos sacar a flote esas vivencias e inquietudes que recorren mis entrañas. No era fácil encontrar ese momento ya que el devenir de las cosas hace que mi vida últimamente sea un pequeño caos. Y fijate, aquí me encuentro escribiendo casi a última hora, cual mal estudiante que deja todo para el día de antes del examen. Pero caigo en la cuenta de lo especial de la velada y pienso que se trata de un momento único para, acometer este trabajillo. El dorso de una camiseta espero que sea mi fuente de inspiración. Alguien ya lo había sugerido y, claro, esto parece que es un átomo. Lo que primero se me viene a la cabeza es un gran mostacho, de pelo espeso y cano; el de un profesor de primaria, D. Rogelio, quien me decía que el átomo era una porción de materia indivisible o algo así. Esta es una definición química, pero in grata, superficial; pero abstracta. Ahora quizá incurra en una falta contra las reglas de este “juego”, pero yo voy a forzar la situación y no me da la gana de quedarme con esta impresión. Esta camiseta aquí tendida ante mí, estas letras, estas órbitas y estos puntos que se mueven por ella, ¡uff!, para mí esto es otra cosa. Es la imagen de un grupo de gente que se ha instalado en mi vida. Y de aquella definición que trae a mi mente recuerdos casi pueriles, sólo me voy a quedar con el adjetivo: indivisible. Eso sí, veo puntos que se mueven de arriba abajo, de derecha a izquierda, coincidentes a veces, dispares otras muchas, pero ahí siguen, agrupados, haciendo entre todos una pieza, un todo; son eslabones de una misma cadena, con un mismo sentir y un mismo corazón.

Hay otra cosa muy evidente y es que todas las órbitas confluyen en un mismo centro, en un mismo punto. Ahí tiene que haber una fuerza magnífica, enorme, superior, que hace que todo gire en torno a ella. Ahí por fuerza ha de estar Jesús. Yo miro hacia mis adentros y me da la sensación de que también he conseguido colarme en ese espectro, porque algo con fuerza tiró de mí. Cierro los puños y los aprieto fuerte, fuerte y me digo que jamás voy a salir de ahí, porque es donde quiero estar, porque deseo ser un eslabón más de esa cadena y porque ahí dentro está mi gente.